

Recuento

La difícil historia boliviana

Evo Morales ha ganado el referendo revocatorio de manera aplastante: arriba del 66% de los votos le fueron favorables. Aumentó más de 13 puntos la votación que recibió hace dos años cuando fue electo presidente de la República y aún en los departamentos en los que entonces perdió como Santa Cruz, el incremento fue mayor a cinco puntos porcentuales. Este hecho lo convierte en el gobernante que tiene la mayor base electoral en América Latina.

Si no fuera por la encrucijada en que se encuentra el país andino, que conlleva una crisis de tal magnitud que se pone en riesgo la unidad nacional, Bolivia estaría hoy en el camino de consolidar un imbatible proyecto económico, político y cultural de largo aliento, quizá como nunca en su historia centenaria. La circunstancia encuentra un símil en las fases inmediatamente posteriores a una revolución, cuando es posible hablar de una nación que se pone de pie para realizar tareas colosales. En efecto, para cualquier gobierno alcanzar una mayoría como la que cuenta hoy el ejecutivo boliviano, obtenida en un proceso electoral inobjetable, representa una oportunidad que muy escasas veces se presenta. Los mexicanos podríamos pensar en el gobierno de Lázaro Cárdenas después de su consolidación en 1936 con el triunfo sobre el callismo, cuando el gobierno federal pudo emprender una vasta obra de reformas cuyo resultado fue un profundo impacto en el crecimiento demográfico, en la estabilidad política, en la educación y en el desarrollo económico del país.

Pero Cárdenas no enfrentaba las amenazas y el peligro de la escisión de ninguna entidad federativa como los tiene hoy Evo Morales. Atrincherada en los departamentos de mayor extensión y con mayores recursos naturales, la oligarquía boliviana puede desafiar hoy a uno de los gobiernos más populares en la accidentada historia sudamericana desde ventajosas posiciones, aunque desde luego no inexpugnables.

Quizá en la constitución de Bolivia faltó aquel sabio principio que orientó a los constituyentes mexicanos de 1824, quienes determinaron que los estados no debían ser "Ni tan grandes que pudie-

(continúa p. 36)

ran optar por la separación, ni tan pequeños que no pudieran sostenerse". En Bolivia, en cambio, Santa Cruz ocupa el 33.74% de la superficie total del país. Con 370,621 km² es mayor que los estados de Chihuahua y Durango juntos. Beni, otro de los enormes departamentos orientados hacia la separación, tiene por su parte 213,564 km², casi el 20% de la superficie nacional. Es como si aquí se hubiera mantenido la gigantesca provincia de la Nueva Vizcaya de la época colonial o el enorme Estado de México que llegaba hasta el Pacífico.

Ya sabemos que para las élites económicas no ha sido difícil explotar y magnificar los regionalismos cuando de mantener privilegios se trata. Así, en Santa Cruz, que tiene el más recalcitrante de los gobiernos autonomistas-separatistas, el dominio de los medios de comunicación, junto con escuelas, asociaciones patronales, de propietarios rurales, le ha permitido a la oligarquía montar un movimiento rabiosamente regional con tintes de racismo y de odio hacia los indígenas. Chocantes expresiones de estas fobias, las han protagonizado el prefecto Rubén Costas quien se ha atrevido a llamar "Macaco" al presidente Morales en alguno de sus discursos o la juventud cruceña, grupo organizado a la manera de los cuerpos de asalto nazis o las escuadras fascistas, especializadas en sembrar el terror entre la población sobre todo la indígena. Eso sí, Costas aparece cada vez en la tribuna escoltado por un crucifijo, pues como puede suponerse, no podía faltar en el conjunto la manipulación religiosa.

Para el proyecto de cambio que encabezan Evo Morales y el vicepresidente Álvaro García, la situación presenta una clara bifurcación, en la que cualquier camino a tomar está lleno de riesgos. Si en aras de conservar la unidad política boliviana, se aceptan las exigencias de la derecha, ello implicaría el reconocimiento de gobiernos oligárquicos en los departamentos autónomos, que pretenden tener una fuerza armada propia, así como el control pleno de los ingresos fiscales. Ante esta fuerza, se estrellaría toda política reivindicativa de los intereses de la mayoría boliviana, compuesta por trabajadores pobres y clases medias bajas. Se aceptaría, de hecho, una distribución de la riqueza y de la tierra que ha sido la maldición de la historia boliviana, en tanto su inequidad y abismal desigualdad, han trabado el despliegue de todas las potencialidades que tiene el país. Aquí también se encuentra el origen de la persistente inestabilidad política y de la debilidad histórica del Estado boliviano, colocado siempre en desventaja ante los conflictos diplomáticos y sobre todo armados, de los cuales la nación, fundada por Simón Bolívar, ha salido siempre maltrecha y con cuantiosas pérdidas territoriales.

Esta situación desde luego no es exclusiva de Bolivia, pues México la ha padecido por siglos. Al igual que aquella, en nuestro país este dominio y control absoluto del gobierno y de la economía por las élites oligárquicas-militares-religiosas durante el siglo XIX, fue determinante para la derrota en la primera guerra con Francia y luego,

sobre todo, en la que libramos con Estados Unidos.

Otra de las consecuencias de llevar adelante demasiadas concesiones a los opositores, pondría al gobierno de Morales entre la espada y la pared, pues es casi seguro que perdería la base social en la que sustenta sus propuestas. Los campesinos movilizados, los sectores urbanos que demandan una política de igualdad y justicia social, es casi cierto que terminarían desencantados ante la tibieza y la condescendencia. Es esto lo que le sucedió al gobierno de Francisco I. Madero en 1911-1912, cuando se encontró de pronto aislado socialmente, con una rebelión en Morelos y otra en Chihuahua, protagonizada por revolucionarios inconformes por su negativa a realizar los cambios ofrecidos. En su desamparo, fue víctima de los militares golpistas.

El riesgo inverso que enfrenta el primer presidente indígena de Bolivia, es que el llevar adelante su política nacionalista y popular demandada por las masas, provoque una ruptura completa, antesala de una guerra civil, en la que sus enemigos tendrían de seguro todo el apoyo norteamericano. En esta difícil encrucijada deberá moverse durante las próximas semanas el gobierno de Evo Morales. Requerirá de una extrema habilidad para salir airoso y de una sangre fría a toda prueba (VO).